

OCTAVIO PAZ: LOS CAMINOS DE LA LECTURA Y LA ESCRITURA

Conferencista: Enrique Rodríguez

Moderador: Carlos Jaime Fajardo

Relator: Francisco Salamanca

*Soy hombre: duro poco y es enorme la noche.
Pero miro hacia arriba las estrellas escriben.
Sin entender comprendo también soy escritura
y en este mismo instante alguien me deletrea*
"Hermandad" O. Paz

El nueve de septiembre Lecturas compartidas se llenó de poesía cuando recibimos a Enrique Rodríguez, poeta y estudioso de la literatura, quien guio nuestros sentidos en torno a la poesía de Octavio Paz. Esta sesión de nuestro espacio literario mensual dio un importante lugar a la lectura; Rodríguez, con su especial sensibilidad poética y su rigor investigativo, leyó y comentó varias de las poesías del autor mexicano, permitiéndonos mirar su obra desde diversos ángulos, tanto académicos como estéticos. Su intervención constó de dos momentos centrales: en el primero, esbozó el contexto en el que se inscribe la obra de Paz, así como la forma en la que el autor se relaciona con dicho contexto a través de su escritura; en el segundo, leyó y comentó varios poemas del mexicano, a la luz de los presupuestos expuestos con anterioridad. De tal manera, la teoría literaria y la experiencia poética, el trabajo del autor y la recepción del lector, el poeta y su mundo, fueron los ejes por los que giró



nuestro acercamiento a Octavio Paz desde Enrique Rodríguez, quien, además de poeta, es profesor de la Universidad Nacional de Colombia y próximamente recibirá su grado como doctor. Recordemos entonces las ideas esenciales discutidas en aquel encuentro.

La obra de Octavio Paz es un fiel testimonio de la modernidad en el arte, en la cual el artista cuestiona el dominio de la razón, además de preguntarse por el lugar de la naturaleza tras los procesos de industrialización y la mecanización. Se trata de un periodo de gran crisis en el arte, en el que, como respuesta, surgen el romanticismo y las vanguardias. Así, los lenguajes artísticos toman formas que jamás habían tenido, cambiando el concepto de arte y transformando las miradas de los espectadores. Por su parte, para la poesía la crisis cae sobre el lenguaje mismo, sobre la palabra y su carga dual como símbolo. Los poetas modernos establecen una clara diferencia entre forma y contenido: la palabra se carga de significado, nombra y es cosa. Es entonces cuando la metáfora se impone la figura reina.

En palabras de Paz:

Cada palabra o grupo de palabras es una metáfora. Y así mismo es un instrumento mágico, esto es, algo susceptible a cambiarse en otra cosa y de transmutar aquello que toca: la palabra pan, tocada por la palabra sol, se vuelve efectivamente un astro; y el sol a su vez se vuelve u alimento luminoso. La palabra es un símbolo que emite símbolos. El hombre es hombre gracias al lenguaje, gracias a la metáfora original que lo hizo ser otro y lo separó del mundo natural. El hombre es un ser que se ha creado a sí mismo al crear un lenguaje.

Paz es totalmente consiente de aquella crisis del lenguaje poético, tanto que, bajo este panorama, plantea una poética que redefine la poesía. En ella, la palabra es creadora y reconstructora, pues no sólo nos permite fabricar realidades, también nos permite reconquistar aquellas que tenemos perdidas. Vuelve a Holderlin, quien dice que la poesía es el lugar donde habita el hombre, la única capaz de narrar a los dioses. Además, es totalmente consiente que en la palabra se despliega el tiempo y que el lenguaje narra nuestra temporalidad, somos tiempo y somos lenguaje. Pero para que esto ocurra el lenguaje debe plantear una síntesis especial, debe tener un tratamiento que le permita construir, conquistar y reconquistar realidades. De tal manera, la posición de Paz frente a los planteamiento modernos es inminentemente crítica, su creación no solo dialoga con su contexto, también lo transmuta, al plantear nuevos paradigmas.



La mejor manera de ver todo lo anterior ejemplificado se encuentra en la escritura de nuestro autor. Por ello, durante su lectura Enrique Rodríguez dio su voz a las letras del Nobel mexicano. Mientras lee de pie su voz retumba en la sala silenciosa, a veces cierra los ojos y mueve las manos dibujando ideas. El auditorio oyó atento. A continuación algunas de estas lecturas.

I. El laberinto de la soledad y El arco y la lira (Fragmentos)

De El laberinto de la soledad se leyeron algunos fragmentos, centrados en la crítica a la industrialización y sus consecuencias para el hombre:

El obrero moderno carece de individualidad. La clase es más fuerte que el individuo y la persona se disuelve en lo genérico. Porque ésa es la primera y más grave mutilación que sufre el hombre al convertirse en asalariado industrial. El capitalismo lo despoja de su naturaleza humana —lo que no ocurrió con el siervo— puesto que reduce todo su ser a fuerza de trabajo, transformándolo por este solo hecho en objeto. Y como a todos los objetos, en mercancía, en cosa susceptible de compra y venta. El obrero pierde, bruscamente y por razón misma de su estado social, toda relación humana y concreta con el mundo: ni son suyos los útiles que emplea, ni es suyo el fruto de su esfuerzo. Ni siquiera lo ve. En realidad no es un obrero, puesto que no hace obras o no tiene conciencia de las que hace, perdido en un aspecto de la producción. Es un trabajador, nombre abstracto, que no designa una tarea determinada, sino una función. Así, no lo distingue de los otros hombres su obra, como acontece con el médico, el ingeniero o el carpintero. La abstracción que lo califica —el trabajo medido en tiempo— no lo separa, sino lo liga a otras abstracciones. De ahí su ausencia de misterio, de problematización, su transparencia, que no es diversa a la de cualquier instrumento

Vemos allí que Paz es totalmente consciente del mundo en el que se encuentra y su posición frente a este es clara. Solo la poesía puede rescatar la realidad tras los horrores de la industrialización, pues el poema es un lugar donde podemos encontrarlo todo, más que ciencia, historia o filosofía. Así lo plantea en El arco y la lira: “Cada poema es único. En cada obra late, con mayor o menor intensidad, toda la poesía. Por tanto, la lectura de un solo poema nos revelará con mayor certeza que cualquier investigación histórica o filosófica”. Cada poema tiene un espectro enorme de significación y, aunque brote de nuestra realidad, va más allá.

II. “Niña”

Nombras el árbol, niña.
Y el árbol crece, lento y pleno,



anegando los aires,
verde deslumbramiento,
hasta volvernos verde la mirada.

Nombras el cielo, niña.
Y el cielo azul, la nube blanca,
la luz de la mañana,
se meten en el pecho
hasta volverlo cielo y transparencia.

Nombras el agua, niña.
Y el agua brota, no sé dónde,
baña la tierra negra,
reverdece la flor, brilla en las hojas
y en húmedos vapores nos convierte.

No dices nada, niña.
Y nace del silencio
la vida en una ola
de música amarilla;
su dorada marea
nos alza a plenitudes,
nos vuelve a ser nosotros, extraviados.

¡Niña que me levanta y resucita!
¡Ola sin fin, sin límites, eterna!

He aquí un poema que narra el límite entre la naturaleza y el hombre. Este es un ejemplo perfecto de la capacidad reconquistadora de la poesía, ya que una realidad semejante es impensable en la modernidad.

III. “Elegía ininterrumpida” (Fragmento)

Hoy recuerdo a los muertos de mi casa.
Al primer muerto nunca lo olvidamos,
aunque muera de rayo, tan aprisa
que no alcance la cama ni los óleos.
Oigo el bastón que duda en un peldaño,
el cuerpo que se afianza en un suspiro,
la puerta que se abre, el muerto que entra.
De una puerta a morir hay poco espacio
y apenas queda tiempo de sentarse,
alzar la cara, ver la hora
y enterarse: las ocho y cuarto.

Hoy recuerdo a los muertos de mi casa.



La que murió noche tras noche
y era una larga despedida,
un tren que nunca parte, su agonía.
Codicia de la boca
al hilo de un suspiro suspendida,
ojos que no se cierran y hacen señas
y vagan de la lámpara a mis ojos,
fija mirada que se abraza a otra,
ajena, que se asfixia en el abrazo
y al fin se escapa y ve desde la orilla
cómo se hunde y pierde cuerpo el alma
y no encuentra unos ojos a que asirse...
¿Y me invitó a morir esa mirada?
Quizá morimos sólo porque nadie
quiere morirse con nosotros, nadie
quiere mirarnos a los ojos.

Este poema, lleno de fuerza expresiva, es el poema universal por excelencia, al apelar a la experiencia individual. Está totalmente anclado en el tiempo vital en el que nos desarrollamos, pero logra reconstruir una intimidad que la modernidad quiere perdida, en una época de soledad, donde no se permite mirarse a los ojos.

IV. “Hacia el poema (Puntos de partida)”

Palabras, ganancias de un cuarto de hora arrancado al árbol calcinado del lenguaje, entre los buenos días y las buenas noches, puertas de entrada y salida y entrada de un corredor que va de ninguna parte a ningún lado.

Damos vueltas y vueltas en el vientre animal, en el vientre mineral, en el vientre temporal. Encontrar la salida: el poema.

Obstinación de ese rostro donde se quiebran mis miradas. Frente armada, invicta ante un paisaje en ruinas, tras el asalto al secreto. Melancolía de volcán.

La benévola jeta de piedra de cartón del jefe, del Conductor, fetiche del siglo;
los yo, tú, él tejedores de telarañas, pronombre armados de uñas; las
divinidades sin rostro, abstractas. Él y nosotros, Nosotros y Él: nadie y ninguno.
Dios padre se venga en todos estos ídolos.

El instante se congela, blancura compacta que ciega y no responde y se desvanece, témpano empujado por corrientes circulares. Ha de volver.

Arrancar las máscaras de la fantasía, clavar una pica en el centro sensible:
provocar la erupción.



Cortar el cordón umbilical, matar bien a la Madre: crimen que el poeta moderno cometió por todos, en nombre de todos. Toca al nuevo poeta descubrir a la Mujer

Aquí tenemos la experiencia del hombre posmoderno, sin más salida que el poema. Un poema que no revela la solución, pero sugiere preguntas y caminos. Aquí tenemos, de nuevo, el conflicto contemporáneo poetizado, narrado por la poesía.

V. “Piedra de Sol” (Fragmento)

un sauce de cristal, un chopo de agua,
un alto surtidor que el viento arquea,
un árbol bien plantado mas danzante,
un caminar de río que se curva,
avanza, retrocede, da un rodeo
y llega siempre:
un caminar tranquilo
de estrella o primavera sin premura,
agua que con los párpados cerrados
mana toda la noche profecías,
unánime presencia en oleaje,
ola tras ola hasta cubrirlo todo,
verde soberanía sin ocaso
como el deslumbramiento de las alas
cuando se abren en mitad del cielo,

[...]

voy entre galerías de sonidos,
fluyo entre las presencias resonantes,
voy por las transparencias como un ciego,
un reflejo me borra, nazco en otro,
oh bosque de pilares encantados,
bajo los arcos de la luz penetro
los corredores de un otoño diáfano,

voy por tu cuerpo como por el mundo,
tu vientre es una plaza soleada,
tus pechos dos iglesias donde oficia
la sangre sus misterios paralelos,
mis miradas te cubren como yedra,
eres una ciudad que el mar asedia,
una muralla que la luz divide
en dos mitades de color durazno,
un paraje de sal, rocas y pájaros
bajo la ley del mediodía absorto,

[...]



Este es un poema nuclear en la obra de Paz. Aquí el lector camina por un paisaje mítico y en su caminar no puede hacer otra cosa que perderse en el poema, fluir con él. Además, es una muestra de la forma como el tiempo transcurre en el poema a través del lenguaje.

VI. “La palabra dicha”

La palabra se levanta
de la página escrita.

La palabra,
labrada estalactita,
grabada columna,
una a una letra a letra.

El eco se congela
en la página pétrea.

Ánima,
blanca como la página,
se levanta la palabra.

Anda
sobre un hilo tendido
del silencio al grito,
sobre el filo
del decir estricto.

El oído: nido
o laberinto del sonido.
Lo que dice no dice
lo que dice: ¿cómo se dice
lo que no dice?

Di
tal vez es bestial la vestal.

Un grito
en un cráter extinto:
en otra galaxia
¿cómo se dice ataraxia?
Lo que se dice se dice
al derecho y al revés.

Lamenta la mente
de menta demente:
cementerio es sementerio,
simiente no miente.

Laberinto del oído,
lo que dices se desdice
del silencio al grito
desoído.

Inocencia y no ciencia:
para hablar aprende a callar.



¿Qué es la palabra para el poeta? Parece ser esta la pregunta que guía “La palabra dicha”: una poética en la que se evidencia la relación estrecha que existe entre lectura y escritura. Octavio Paz nos presenta un juego con el lenguaje que muestra la potencialidad de este para establecer significados múltiples. Su empresa es rescatar la palabra en un mundo en el que está perdida, potencializándola.

VII. “Blanco” (Fragmento)

el comienzo
 el cimiento
 la simiente
 latente
la palabra en la punta de la lengua
inaudita inaudible
 impar
grávida nula
 sin edad
la enterrada con los ojos abiertos
inocente promiscua
 la palabra
sin nombre sin habla

Sube y baja,
 escalera de escapulario,
 el lenguaje deshabitado.
Bajo la piel de la penumbra
 late una lámpara.
 Superviviente
entre las confusiones taciturnas,
 asciende
 en un tallo de cobre
 resuelto
en un follaje de claridad:
 amparo
de caídas realidades.
 O dormido
 o extinto,
 alto en su vara
(cabeza en una pica),
 un girasol
ya luz carbonizada
 sobre un vaso
 de sombra.
En la palma de una mano



ficticia,
 flor
ni vista ni pensada:
 oída,
 aparece
 amarillo
cáliz de consonantes y vocales
 incendiadas.

El romper la linealidad moderna en este poema, con fuerte herencia vanguardista, obliga al lector a tener un papel activo, ya que su autor impone todo un nuevo sistema tempo-espacial.

